
Cuadernos de Investigaciones

Nº 11

Ensayo histórico sobre el "Leadership" presidencial argentino

Alberto Castells



**Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales
"Ambrosio L. Gioja"**

1989

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. U.B.A.

ÍNDICE

Introducción.	2
I. Hombres para tiempos excepcionales.	4
II. Una idea positiva del gobierno.	5
II. Adecuación al sentido de la historia.	6
IV. La eminencia del alto cargo.	8
V. El rol de orientación política.	9
VI. La conducción del elenco ministerial.	11
VII. La gestión de los negocios públicos.	12
VIII. Condiciones personales relevantes.	14
Palabras finales.	16
Fuentes documentales y bibliografía principal	18

INTRODUCCIÓN

1. La fundación de la república constitucional a mediados del siglo XIX fue la formidable enfrenta una compleja realidad difícil de entender, y aún de controlar. Una vez más, la sorprendente simetría de la historia vuelve a prodigamos sus lecciones ejemplares, vinculando, en este caso, la tradición republicana del siglo XIX con los apremios institucionales de este siglo XX.

En la perspectiva de una sociedad que evoluciona desde un pasado tumultuoso y avanza hacia un futuro incierto, la observación de la república constitucional es motivo de confortación y lugar de encuentro. Hoy como ayer hay que pensar en la democracia y viejos interrogantes cobran actualidad. ¿la tradición republicana es asunto del pasado? ¿qué vigencia tiene en el presente?.

Dos posiciones contradictorias, como polos de atracción hacia un enigmático pasado, hacen oír sus voces. Una, en nombre de la inmutabilidad, declara la validez y ejemplaridad de la república recibida del pasado. Otra, sin negar la tradición republicana, reclama respuestas adaptadas a las necesidades de nuestro tiempo. En las dos posiciones se deja entrever un subfondo mental con una idéntica apreciación: las instituciones, dadas de una vez y para siempre, se ofrecen a través de sistemas atemporales y universales, como artífices que son de doctrinas acabadas y definitivas.

Para ambos extremos del enigmático pasado caben dos lecturas; en clave conservadora, la república constitucional es evocada para mantener un ideario presupuesto, se presenta como valla contra avances desmedidos y ofrece un marco estable que sólo tolera algunos cambios. En clave innovadora, se cuestiona un sistema de gobierno formal y descarnado cuya aplicación frena la historia y dificulta el progreso.

Es interesante advertir que la discusión remite, en ambos casos, a sistemas de valores presupuestos, pero la lógica interior que informa su estructura y los dispositivos que hicieron posible su realización, están como ausentes al enfoque del problema. Y ocurre que todo sistema es inseparable de su estructura y que todo régimen es informado por su actuación.

Diré entonces que el análisis de la república constitucional aquí propuesto, no pretende promover la adhesión a un sistema político determinado —muchos especialistas lo han hecho con solvencia— sino que aspira tan sólo a observar el funcionamiento íntimo del régimen político centrado en el comportamiento de sus actores.

2. En este ensayo me propongo analizar las raíces históricas y políticas del “presidencialismo” argentino, concentrando la atención y la mirada en su dimensión ceñida, pero no menos relevante, del “leadership” presidencial. El concepto de “leadership” —una expresión usual de la época— evoca, en aproximación semántica, el comportamiento de aquellos actores que por designios extraordinarios resultaron ser los hombres reconocidos por la historia.

Al estudiar el “leadership” presidencial toma forma la entidad del presidente, esa figura clave, que emanando de poderes constitucionales conferidos y encumbrada a través de una práctica efectiva, tuvo pendiente de su gesto a toda la nación. A partir de esos poderes constitucionales. Atribuidos como condición inicial de su desarrollo, el presidente argentino tuvo la posibilidad de ser, y ordinariamente lo fue, el “leader” de una élite gobernante que realizó una gesta propuesta por la historia y que ejecutó una empresa por organizada.

En este orden de cosas caben algunas preguntas iniciales. ¿Cuáles fueron los métodos de que dispuso el presidente para ejercer el mando? ¿De dónde emanaba su poder y cómo irradiaba influencia?. Una respuesta primaria e inmediata es ofrecida a través de los modelos presentados por la historia. En ellos, el perfil presidencial —autoridad legal mediante— variaba de acuerdo con la personalidad de quién lo detentaba, sin que se identificaran criterios generales de liderazgo más allá de los prestigios, cualidades y destrezas personales. Con el auxilio de esta impronta plasmada en biografías y memorias, la “hagiografía” oficial ofreció el bronce a quienes fueron los actores relevantes del pasado.

Sin pretender revisar los modelos presidenciales “canonizados” por la historia, antes bien, reconociendo la autenticidad del procerato nacional, me propongo aguzar la observación para considerar al “leadership” presidencial como un hecho político ejemplar que invita a evocar una gesta histórica y a configurar una tradición política.

En este encadenamiento con el pasado no juzgaré un sistema de gobierno, cuya integridad lógica respeto, ni exhibiré estereotipos que resultan inimitables. Lejos de atribuir modos del hoy al ayer, procuraré interrogar a los actores del pasado sobre cualidades que, habiendo sido poco menos que omitidas por falta de configuración, hoy resultan trascendentes por su apremiante actualidad. Atraer aspectos relevantes de una estructura hecha sistema, a más de cien años de distancia, parece ser una tarea sugerente para ayudar a pensar con lucidez en los problemas institucionales que afectan a la sociedad de nuestro tiempo.

3. Entre los múltiples factores que modelaron el “leadership” presidencial, intentaré aislar aquellos que se destacan por su más ajustada observación y por sus mejores propiedades descriptivas. Así atenderé a variables tales como el momento excepcional de la época; la noción que se tenía del estado; las condiciones impuestas por la historia; la investidura presidencial republicana; el rol de orientación política; la conducción del elenco ministerial; la capacidad en la gestión gubernativa; la personalidad, sus actitudes y comportamientos. La identificación de estos factores en que el “leadership” presidencial se manifiesta con mayor intensidad, me parece crucial, porque sin comprender el fenómeno a través de su estructura, no será fácil entender la significación y trascendencia de esta institución que tanto preocupa en la actualidad a políticos y gobernantes.

4. En esta incursión por el pasado, no habré de ceñirme a la especificidad de la historia ni es mi intención honrarme con sus preciados galardones. El ensayo, que integra un conjunto de estudios sobre la organización y el funcionamiento de los poderes públicos, se vincula a la ciencia política y al derecho constitucional, y cómo tal, indaga en las raíces históricas del “leadership” presidencial y se beneficia de sus hallazgos, con el propósito exclusivo de comprobar sus conceptos y de verificar sus afirmaciones. Algunos concluirán que estamos ante una investigación formal, de corte académico, y tributaria de la ciencia. Sea como fuere, esta nueva configuración pretende iluminar, desde otra perspectiva, un problema institucional que está afectando a la sociedad de nuestros días. La historia, que no es absoluta, no puede escapar a la relatividad de nuestras actuales preocupaciones.

Al evocar la república constitucional recibida del pasado tampoco quisiera dar la impresión de ser el ingenuo recuperador de un sistema de gobierno consagrado, como si la normalización de las instituciones tuviera que ser la resultante ciega de un modelo experimentado y bien probado. Sí creo, en cambio, que el conocimiento de la república constitucional y la captación de su lógica interior, debería ser un tránsito obligado para quienes trabajan en la normalización de las instituciones del presente. De aquí se desprende entonces un nuevo paradigma para quienes, imaginando los escenarios del futuro, se proponen formular las bases políticas de una sociedad mejor lo que hicieron los estadistas del pasado deberían hacerlo también los gobernantes del presente.

I. HOMBRES PARA TIEMPOS EXCEPCIONALES

5. Dado que los sistemas de gobierno tienden a producir diferentes tipos de estadistas, es razonable imaginar que el contexto excepcional de la república del siglo XIX engendraría presidentes, que por ser funcionales con las situaciones existentes, ejercitarían su influencia y justificarían su autoridad. ¿Cómo respondieron los presidentes cuando confluieron la necesidad y la virtud?

La metafísica del "leader", por decirlo así, revela sus presupuestos y exhibe sus tendencias. Para algunos analistas situados en una posición de máxima, los presidentes argentinos fueron "providenciales", que, conscientes de su misión, provocaron los acontecimientos y construyeron la historia. Los observadores situados en la posición de mínima, opinaban que las instituciones y no los hombres eran los artífices de la civilización y del progreso. Para ellos era más importante contar con buenas instituciones que procurarse la gestión de los mejores ciudadanos. Finalmente, y en posición equidistante de unos y de otros, estaban quienes exaltado a los hombres más notables de cada tiempo, supieron enaltecer también a quienes pudieron haber estado en su lugar. "Los hombres públicos se mantienen en escenas mientras son necesarios. Existe entre ellos y la vida una relación que parece supeditada a las leyes de naturaleza". Esta posición equilibrada recuperaba a favor del "leadership" presidencial la dimensión del hecho social a escala humana, y como tal, justifica hoy una más atenta indagación.

6. ¿Qué necesidades políticas y qué aspiraciones sociales representaron quienes triunfaron en la historia?. Cuando las primeras presidencias vieron amenazadas por la revolución y la anarquía, el presidente argentino, al servicio de una nación que buscaba obstinadamente su destino, aplicó su poder de guerra, armó los ejércitos, dirigió las operaciones y cosechó victorias. En tiempos de Caseros estaba por delante Urquiza un gobernante armado, intermedio entre el caudillo autoritario del pasado y el estadista ilustrado del futuro. Ante un país donde a cada instante asomaba la anarquía, Mitre, intelectual y estadista, asumía la responsabilidad de una guerra externa y marchaba al frente de la expedición armada.

Cuando en la encrucijada de la historia el país necesitó organizarse, el presidente argentino encontró su papel de conductor y vería aumentados sus poderes por los obstáculos a vencer, las decisiones a adoptar, los medios a aplicar y la dimensión de sus actos. Marcado por la dura experiencia del pasado, Mitre, un presidente unificador, se apodera del símbolo de la nacionalidad y asegura el orden regular afianzando el "Estado de Derecho". Mientras combate la "anarquía" y la "barbarie", Sarmiento, un presidente constructor, propone la república "verdadera" como forma de gobierno y la educación común como precondition de la virtud. Avellaneda, un gobernante ejecutor, cierra el ciclo de la crisis y en medio de sacudimientos dolorosos y de dificultades insalvables, encuentra los medios para ocupar el desierto y dar una capital a la nación.

Cuando el país creció y entró en tiempos de prosperidad, el presidente argentino fue partícipe de un nuevo escenario político que, con el paso de los años se volvería ingobernable. En la nueva encrucijada, Roca, un estadista dominante, detentó el poder con mano firme y lúcida conciencia, empleando, según los casos, el valor de la energía o la virtud de la templanza. Años más tarde, en tiempos de "unicatos" y de crisis de abundancia, el país descubre a Pellegrini, un presidente profético, que enfrentará la paradoja económica y la corrupción política.

En los albores del nuevo siglo, cuando las "masas proletarias" se enfrentan decididamente a la élite gobernante, la voluntad presidencial definirá medidas de excepción e intentará dar respuesta a los grandes males. Algunos presidentes, como Juárez Celman, Luis

Sáenz Peña, Uriburu y Quintana, sintieron la pesada responsabilidad de conservar el régimen político "ejemplar" y adoptaron medidas para mantener el orden existente. En tiempos del Centenario, Roque Sáenz Peña, un presidente fundador, establecería el nuevo régimen político destinado a hacer imperar la voluntad del mayor número en la constitución de los gobiernos.

7. Hasta aquí los hombres de estado para tiempos excepcionales. La élite gobernante creía que el mando le correspondía por derecho propio, siendo un deber patriótico conducir sin obstrucciones la "nave del estado". Aunque importantes cambios fueron introducidos en los estilos de gobierno, la transferencia del poder se operó sin que pudieran advertirse influencias extrañas ni rupturas ostensibles. La presidencia de tiempos excepcionales. Lejos de quedar en manos de figuras convencionales, recayó en ciudadanos capacitados que estuvieron preparados para una representación eficiente y que fueron funcionales con los desafíos de su tiempo. ¿Cómo hubiera sido la organización nacional sin Urquiza y Mitre? ¿cómo se hubiera orientado el país sin Sarmiento, Avellaneda, Roca, Pellegrini y Sáenz Peña?. La república aspiró. Desde sus comienzos, a que la condujeran los hombres más notables de cada tiempo.

II. UNA IDEA POSITIVA DEL GOBIERNO

8. Cuando en tiempos excepcionales el Presidente argentino se vio sometido a la presión de los hechos, asumió siempre el comando natural del poder. Esta es una constante que surge de la entraña misma de los gobiernos y acontece como si la falta de impulso presidencial pudiera resultar fatal para la unidad de la nación. ¿Qué tipo de estado desarrolló la república en situaciones tan inéditas como dramáticas?

En las condiciones impuestas por la historia era necesario transformar el país y para ello había que fundar un estado moderno, autónomo y eficiente, que preservan la unidad nacional y fuera el motor inicial de la civilización y el progreso.

El eje del sistema pasaba por un concepto positivo del rol gubernativo. Dentro de esta concepción, inevitable y necesaria, los presidentes ejercieron una influencia gravitante y decisiva que, voluntaria o involuntariamente, colocó en sus manos los resortes del poder. Cuando Roca reclama orden y paz duradera, anuncia el designio de emplear todo el poder de la nación —facultades del gobierno y resortes del estado— para reprimir los atentados a la paz pública y a la subversión contra la autoridad constituida. En su expresión de autoconciencia, los presidentes tuvieron una idea intensamente positiva de su cargo; y su acción intencionada representó un continuo esfuerzo por dotar a la "nave del estado" de un efectivo y diestro timonel.

9. La necesidad de consolidar la unidad nacional obligó a los presidentes argentinos a asumir un comando ostensible que no pudieron eludir. La importancia personal del presidente fuerte, es el centro, sostén y foco de un estado sustantivo y de un gobierno eficaz. Es sugerente la posición de Sarmiento quién, siendo hombre de doctrina cuando combate a los hombres de fuerza, quiere ser hombre de faena cuando es presidente. En el momento en que Roca funda el "régimen", acciona los resortes del poder y establece un gobierno activo y dominante. Su primera arma fue la persuasión, siendo la fuerza el recurso subsiguiente. El respeto al presidente era el respeto a la Constitución... era el respeto a la disciplina y a la subordinación que, en lo político, son la llave de la fuerza y de la victoria. El gobernante argentino adquirió una buena dosis de legitimidad en el ejercicio activo del alto cargo.

10. Como conductores de gobiernos positivos requeridos por las exigencias de la hora, los presidentes argentinos actuaron con voluntad de empresa, mirando a favor y despertando un interés moral. A través de programas políticos y de planes de gobierno, levantaron el

edificio institucional que siendo modelo de voluntad transformadora, penetró en todos los campos del conocimiento y en todos los sectores de la acción. Como creadores de la nueva sociedad, las presidentes fijaron las metas de la empresa y accionaron los mecanismos del estado.

En el período pre-constitucional, Urquiza, cohibido por los preceptos de la ley, favorece el dictado de una Constitución que pasaría a ser un vasto programa político de singular vigencia. Cuando se exalta a Mitre como "el artífice de la Organización Nacional", se evoca y se asiste a la conformación legal del estado, sustentada en un extenso plan institucional. La estrategia del "trasplante" cultural, expuesta por Alberdi, es llevada a la acción por Sarmiento a través de una sostenida gestión política, económica, social y educativa.

Desde el 70 en adelante, los presidentes argentinos vieron concretada la nueva sociedad. Avellaneda, al asumir como propia la consigna "gobernar es poblar", se convierte en el ejecutor de la estrategia alberdiana inspiradora de enteras generaciones de estadistas. El éxito obtenido por el "régimen" roquista se explica en el lema de "paz y administración". Paz, entendida como "represión de todo intento revolucionado" y administración como "cumplimiento de los ideales de progreso y civilización". Con su programa electoral destinado a crear al sufragante y garantizar el sufragio, Roque Sáenz Peña condensa el escenario político del nuevo siglo. Con el claro dominio del espacio y la síntesis de un programa, los presidentes argentinos tuvieron la posibilidad de actuar sobre los hechos y de afectar su curso cuando importantes razones lo exigieron.

11. El gobernante que teniendo una idea clara del interés general la ejercitaba desde su alta posición, acrecía sus calidades de estadista. Cuando la élite gobernante debió enfrentar el proceso de transformación social, acusa su reacción ante las nuevas condiciones, defiende con fuerza los resultados alcanzados y evoluciona desde posiciones "creadoras" hacia posiciones "conservadoras". Se ha dicho bien que los gobernantes argentinos protagonizaron el absurdo lógico consistente en asumir el papel de liberales creadores con el "libreto" de liberales conservadores. En este proceso paradójico que, no obstante, respondía a la lógica interior del régimen político, residía la conciencia del interés general. Valores subordinados, como el civismo, la legalidad, el orden público, la unidad nacional, se verían coronados por la aspiración general identificada con la preservación del sistema y la perdurabilidad del régimen. Nada debía ser, dentro de la nación, superior a la nación misma. La *autorrealización* del modelo fundador, al que concurrieron los "patricios" liberales, conscientes de su misión abierta al porvenir, se integraba con la *autopreservación* del régimen recibido, al que concurría la "aristocracia" conservadora, consciente de los propios méritos alcanzados en la organización de la nación. Dos actitudes complementarias y rigurosamente exactas, que los presidentes manejaron con sorprendente precisión y lealtad cuando se dispusieron a cancelar la evolución del régimen político.

III. LA ADECUACIÓN AL SENTIDO DE LA HISTORIA

12. En la república constitucional del siglo XIX, los presidentes argentinos vieron facilitada su gesta histórica con la posesión y dominio de un *corpus* institucional que al operar como factor de comprensión intelectual y de cohesión social, les proporcionó el conocimiento necesario para orientar la acción gubernativa. Con tal arsenal de ideas, integrado por la cosmovisión liberal recibida de la Generación del 37 y la síntesis programática elaborada por Alberdi, los presidentes formularon sus programas de gobierno y asignaron un nimbo ciato a la nueva sociedad.

13. Con la posesión del *corpus* doctrinal y su constelación de ideas fundadoras, la élite nacional discernía claramente entre el acuerdo fundamental y la diversidad opinable. El

acuerdo fundamental garantizaba la intangibilidad de los principios esenciales del sistema; la diversidad permitía disputar sobre el extenso campo de las cuestiones derivadas. Así, ocurrió que los presidentes debatieron con frecuencia sobre los cambios en la sociedad y en el estado, pero declararon inadmisibles la discusión sobre los cambios de la sociedad y del estado. Las instituciones principales se mantuvieron estables y en su interior se fueron operando los cambios provocados por la evolución natural y las circunstancias variables. Mitre y Urquiza, después de combatir en filas opuestas, se dan la mano en nombre de la unión nacional buscada por cauces diferentes. Después de "sacarse lonjas" durante años, Urquiza y Sarmiento se hacen llegar las mutuas adhesiones como restauradores que fueron del orden y la autoridad. Cuando estalla la revolución del 90, Roca se acerca a Juárez Celman, su enemigo de la víspera, impuesto por sus propias convicciones y a favor de un mismo ideal. Quintana y Roca no eran ni camaradas de armas ni correligionarios de partido, pero ambos reconocían tener el "mismo espíritu conservador".

14. En la acción de gobierno, los presidentes argentinos, prácticos y realistas, supieron conciliar su visión programada de la historia con la dura condición de la existencia. Sabían ellos que muchos problemas venían modelados por las grandes e impersonales fuerzas del pasado. Sea cual fuera su capacidad, energía y voluntad, cada presidente pudo afectarlas en medida ínfima y estrecha. La prédica de Alberdi sobre la necesidad de asumir las tradiciones heredadas y de respetar la coerción del medio, caló hondo en la mentalidad de los futuros gobernantes. Pero no era fácil mantenerse en contacto con la realidad de la hora y avanzar al mismo tiempo hacía los grandes ideales de la civilización. Sarmiento innovador, alienta la evolución de las fuerzas progresistas y ocupa el lugar inédito en el espacio liberal por él creado; Mitre constructor, quiere transformar la realidad y da la voz de orden para crear una estructura de país civilizado; Roca, es el estratega que vislumbra el más allá pero maneja con cautela el poder de resistencia de la república incipiente. En síntesis, los presidentes se mostraron sensibles a los cambios históricos; recibieron el don de descifrar a tiempo las señales de la realidad y supieron oponerse, con decisión y coraje, cuando propuestas contingentes quisieron afirmarse como modelos definitivos.

15. Siempre hubo un más allá en la marcha de la nación y del estado. Para los patriotas de la colonia ese desafío fue la independencia; para los hombres de la independencia, la organización del país; para el país organizado, la consolidación institucional. En los momentos supremos de la construcción nacional, los prohombres calificados supieron responder a los desafíos de la historia evitando la involución hacia el pasado o la fuga hacia el futuro. Así hubo presidentes que fueron reformadores llamados a promover transformaciones, y presidentes que fueron agentes activos del orden transformado. Urquiza es el precursor que, desde el campo militar, impuso un perfil republicano que después no pudo asumir ni desplegar. Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca desarrollaron con éxito su propia gesta porque no se adelantaron ni se atrasaron en relación con su propio tiempo y en aras del progreso. Urriburu, Quintana y de la Plaza fueron gobernantes rutinizados, por decirlo así, que transitaron el alto cargo aplicando sagazmente un código político preexistente. Hubo, por cierto, algunas utopías de futuro que, con el paso del tiempo, se transformaron en rémoras del pasado. Cuando Buenos Aires se incorpora a la Confederación y asume la dirección de la república, Urquiza queda en el pasado y Mitre representa el futuro. Cuando Quintana prescinde de las "situaciones de provincia", presagia la decadencia del "roquismo" y con ella el ocaso del llamado "hombre excepcional". ¿Se estaba ante formas conservadoras de lo que se necesitaba cambiar, o se estaba ante formas innovadoras de lo que se quería conservar?. En todo caso, fueron presidencias grandes aquellas que elevaron su misión sobre el nivel de la conciencia pública que les imprimió su sello, en cuanto trataron de realizar el concepto total de su época, dignificando todos los resortes, perfeccionando todos los sistemas, expresando las aspiraciones vitales de importancia y dando muestras de adaptabilidad a los ambientes sucesivos.

IV. LA EMINENCIA DEL ALTO CARGO

16. La posición presidencial era eminente y elevadas eran sus exigencias. Cuando los estudiosos advierten que el presidente argentino ocupaba una posición distante frente a los ciudadanos, no se refieren a su aislamiento personal, a la manera del hombre en soledad, sino a la distancia que proyectaba la preeminencia del alto cargo.

El presidente que hubiere de cumplir con su mandato en forma adecuada —y casi ninguno fue inferior a la misión de la hora—, debía revelar ciertas actitudes cuya importancia no se podía soslayar. La presidencia republicana era receptora de los éxitos y blanco de las críticas; y en ambos casos, el presidente argentino, grávido de sentido ambiental, adoptó actitudes previsibles y racionales, unas veces, férvidas y repentistas, otras veces.

A pesar del orgullo suscitado por la conjunción de resonantes triunfos, algunos presidentes supieron evitar las arrogancias del cargo en el disfrute de su envidiable posición, mientras otros rodearon la investidura con el señorío y el boato con que, a su juicio, merecía ser representada. Los primeros presidentes impresionaban por su austeridad republicana. Con Sarmiento, hombre de vida, se da el caso del maestro que tenía en más honor su humilde profesión que los títulos y entorchados de la investidura. Mitre, el "patriarca" de la gran aldea, rehuía los escenarios del éxito y exhibía por las calles la estampa de su rígida existencia.

Pero un nuevo impulso empujaría a los futuros presidentes a romper el marco republicano que los había contenido. Roca, dominante, se exhibía como un mariscal del Segundo Imperio. Juárez Celman, un hombre "de fórmula", ocultaba la natural sencillez del provinciano; mientras Quintana, un aristócrata de Buenos Aires, dignificaba las instituciones con el señorío que distinguía a su persona. No fue el caso de Roque Sáenz Peña, un representativo del cargo, quién más allá del oropel y del boato, creía que el Poder supremo debía cultivarse con fausto y majestad.

17. De estas posiciones ambivalentes no se desprende que el presidente dudara en la capacidad de sus propias fuerzas y más bien sugiere una pregunta. ¿Habría podido, el presidente argentino, cumplir con su propia gesta si no hubiera contado con una mediana dosis de confianza en sí mismo, frente a los obstáculos y adversidades de tiempos excepcionales?. Más allá de toda especulación retórica, puede afirmarse que no se advierten, entre los presidentes argentinos, incertidumbres y vacilaciones recurrentes. Sarmiento pide apoyo a sus seguidores para levantar la "piedra de Sísifo" y es un símbolo de coraje a toda prueba. Cuando Pellegrini, irguiéndose sobre su inflexible autoridad, cede ante las crisis momentáneas o rectifica sus propias posiciones, ejerce una *autoconfianza* responsable. Roca exhibe seguridad en sus propias fuerzas cuando ofrece su candidatura como opción ante el caos, la ambición y la incertidumbre. Figueroa Alcorta se reencuentra con su prestigio esquivo cuando, muerto su amigo Pellegrini, da vida a un poder sustituto con decisiones de "nuda autoridad legal". En líneas generales, podría concederse que las prerrogativas del alto cargo sirvieron, unas veces, para compensar capacidades inexistentes en hombres convencionales, y otras veces para alimentar estímulos latentes en hombres excepcionales.

18. No existió entre nosotros el perfil de un *presidente - tipo*, con roles asignados y estilos invariantes. El presidente argentino era lo que él decidía ser con el asentimiento de la élite nacional. Bien podría aplicarse la paráfrasis de prestigioso autor según la cual, el estadista republicano era "un hombre poco corriente pero dotado de opiniones corrientes".

Es evidente que la eminencia del cargo exigía cualidades que difícilmente podían ser detentadas por un hombre común. Más allá de algún estereotipo de la historia, lo cierto es que ningún hombre corriente pudo llegar a la presidencia argentina. El *cursus honorum* hecho de posiciones y actuaciones era salvaguardia suficiente ante "expectables" repentinos e improvisados. La capacidad para dirigir a los hombres, la habilidad para producir el hecho político, el arte de saber detectar demandas, eran cualidades poco corrientes, extrañas a la ciudadanía en general y que no todos los "expectables" destentaron por igual. En respaldo a

este sugestivo status, al que muchos fueron llamados y pocos elegidos, sería pertinente proyectar los estímulos de otros hombres públicos que no fueron los finalmente ungidos, como Fraguero, Alsina, Tejedor, Bernardo de Irigoyen, Rocha, del Valle, Alem, Cárcano, y tantos otros "presidenciables". Sin conceder más crédito a la imaginación, ¿podría afirmarse o negarse que la investidura del cargo los habría dignificado y elevado a la condición de hombres excepcionales?.

19. Pero aquellos hombres poco corrientes tenían, sin embargo, ideas corrientes. El dominio del *corpus* doctrinal, con su constelación de ideas fundadoras convenientemente divulgadas, generó una notable ampliación de la mente práctica. Con su apoyo, los presidentes popularizaron los grandes temas y los convirtieron en materia de opinión sin tener que desplegar habilidades excepcionales y sin necesidad de revestirse de una incómoda superioridad intelectual. Varias décadas fueron necesarias para que las ideas liberales que se tenían, se transformaran en las creencias en que se estaba. A partir de entonces, la élite nacional estuvo en condiciones de aplicar, de un modo corriente y sin esfuerzo, el *corpus* doctrinal y sus ideas fundadoras, concebidos como un todo englobante e integrado. En su traducción operativa, el discurso político de los presidentes se expresaba a través del símbolo diáfano y natural de la fórmula, el aforismo o la sentencia. "Gobernar es poblar". "educar al soberano", "libertad como supremo bien", "paz y administración", "quiera el pueblo votar", fueron concentrados sintéticos y axiomáticos que impregnaron la palabra presidencial de profecía y de verdad, de persuasión y de fervor. Los presidentes argentinos, creadores del sentimiento público, manejaron opiniones corrientes y con ellas constituyeron la nueva sociedad.

V. EL ROL DE ORIENTACIÓN POLÍTICA

20. En la teoría y en la práctica el presidente asumía la representación de la nación. La nación lo había hecho presidente y este acto creador la confería un halo de dignidad y de prestigio, correspondido por la ciudadanía con un sentimiento de admiración y de respeto. ¿Por qué razones el presidente era admirado y respetado? ¿qué sentimientos abrigaban sus seguidores?.

La élite nacional, y con ella el presidente, entendían que sólo quienes pertenecían a la dirigencia "nacida para gobernar" estaban capacitados para el manejo de los negocios públicos. Según ellos, hubiera resultado insensato dejar la "nave del estado" en manos de hombres comunes, no ejercitados en el manejo político y carentes de convicciones arraigadas. Para ellos era evidente que la "razón colectiva" se encontraba en los círculos ilustrados, únicos legitimados para elaborar doctrina y preparar el porvenir. La élite nacional se sentía, por decirlo así, una oligarquía legitimada y aceptada. Era oligarquía porque gobernaba para todo el pueblo, colocado bajo su tutela y protección. Se sentía legitimada porque la conducción política, exclusiva y excluyente, era ejercitada como un "deber patriótico". Era aceptada porque gobernaba al conjuro de una supuesta mayoría. En ese cuadro jerarquizado, la responsabilidad hacia el presidente contribuyó a reforzar la investidura del alto cargo.

21. ¿Por qué razones el presidente era admirado y respetado?. El reconocimiento al presidente era debido, en principio, al prestigio personal alcanzado por quienes eran vistos como prohombres eminentes. Sarmiento fue un caso ejemplar de prestigio internacional alcanzado como escritor, educador y gobernante. Mitre fue visto como el primer ciudadano y el estadista más completo para regir los destinos del país. Roca fue proclamado como el "hombre de la hora" y la "solución nacional" en sendas presidencias. Pellegrini, el "piloto de tormentas", era apreciado como la reserva de las fuerzas eficientes del estado. Los presidentes alcanzaron posiciones eminentes que justificaron la lealtad de la élite nacional.

La trayectoria del estadista era otra razón de respetabilidad nada desdeñable. La elite nacional era sensible a la perdurabilidad del "leader", al que seguía a través del tiempo. En el título de "libertador", atribuido a Urquiza, no sólo contaban los cinco años del cenit sino una permanencia de treinta años en la epopeya nacional. El jubileo de Mitre representa el homenaje de la ciudadanía a medio siglo de historia transitado por la anarquía, la "tiranía", la organización y la consolidación del país. La popularidad de Pellegrini sobrevivió a su presidencia durante catorce años de ininterrumpida acción. En menor escala, asignación de prestigio a la figura pública de Urriburu, cuyos ocho lustros de acción gubernativa le dieron reconocimiento y fama.

El éxito de las decisiones y sus eficaces resultados también atribuyeron mérito a la gesta presidencial. Entre los constructores del país, algunos estudiosos adjudicaron a Mitre y a Sarmiento un lugar de privilegio por haber cumplido el triple rol político de organizadores, representativos y unificadores. La gesta de Roca pasó al dominio de la historia y mereció el Juicio de la posteridad por haber situado a la Argentina en el concierto de las naciones. En fin, la talla de algunos repúblicos argentinos hizo pensar en quienes como Washington, Bismarck, Cavour o Gambetta fueron constructores de las primeras repúblicas del mundo.

22. Si por la índole del cargo, el presidente estaba en una posición distante que merecía admiración y respeto, por su origen republicano se aproximaba al pueblo con una intermediación a escala humana. La imagen del presidente en contacto con su pueblo es un dato relevante en la metáfora del "leader". ¿Qué sentimientos abrigaban sus seguidores?

El presidente era la persona objetiva en quién se encarnaba el sentido direccional de la historia. La élite nacional fue el auditorio incomparable que esperaba su palabra para convertirla en materia de opinión; la ciudadanía en general contaba con su guía para no perder el derrotero en momentos de incertidumbre. Y puesto que el presidente era, no sólo el intérprete de la historia sino el jefe del gobierno, la empresa política debió ser un desafío que miraba a favor y sacudía voluntades. Poblar el desierto, desterrar la anarquía, instaurar el orden, explotar la riqueza, afianzar la libertad, civilizar el país... El presidente que actuara con tal fervor republicano debió penetrar en el espíritu ciudadano y transmitir una mística con fuerza y convicción.

23. En la convocatoria al pueblo, arma estratégica en la dinámica política, no se advertían estilos definidos. Todos los presidentes apelaron al pueblo, pero no todos apelaron el mismo pueblo. Mitre, Sarmiento y Avellaneda extendieron su ascendencia al "pueblo grande", en claro gesto de fervor republicano y de salud política. Roca fue ejemplar en su contacto con el "pueblo chico", al que respetaba e interpretaba. Juárez Celman, para quién la política era un "mal inevitable", rechazaba la movilización ciudadana y desconfiaba de las masas populares. Años más tarde, Aristóbulo del Valle, un virtual primer ministro, colocaba la autoridad presidencial a los pies de las multitudes.

El perfil del "leader" estuvo abierto a las concreciones más diversas. Urquiza cultiva el mito del "padre protector" asumiendo el rol de jefe accesible y justiciero. Mitre y Pellegrini se presentan como tribunos institucionales que bajan a la "arena" del combate para iluminar las convicciones ciudadanas, Roca y Juárez Celman, conductores de hombres y jefes de partido, son, por momentos, una réplica paradójica del caudillo de vieja estirpe. Quintana y Roque Sáenz Peña, líderes a distancia, convocan a concretos ciudadanos para interesarlos en sus respectivas causas.

Los presidentes argentinos fueron receptivos a las expectativas ciudadanas tal como presumo, ha quedado expuesto. Lo que no he podido registrar como proyección de la imagen presidencial, es la irradiación y el magnetismo, lo energético y arrollador, que si lo hubo en los presidentes, desapareció con sus propias vidas.

VI. LA CONDUCCIÓN DEL ELENCO MINISTERIAL

24. El presidente, que era el conductor del gobierno y el jefe de su "parte eficiente", se rodeó de ciudadanos calificados a quienes encargaba la ejecución y administración de su plan de gobierno. Sobre un marco constitucional de poderes definidos y de atribuciones conferidas, los presidentes obraban como si sólo ellos fueran responsables —como que lo eran— de su acción de gobierno. Indiferentes a las disputas académicas sostenidas de tanto en tanto, los presidentes designaron a sus elencos, les ordenaron acciones de gobierno y clausuraron sus gestiones con suprema autoridad. Y no faltaron razones para justificar vinculaciones personales, porque.. ¿quién podía estar en mejores condiciones que el presidente para conducir a sus hombres?.

25. En el contexto excepcional de la presidencia, los ministros fueron un importante engranaje de la política presidencial; y la selección de los "ministeriales" ponía a prueba la aptitud del presidente para organizar su gobierno y conducir a sus hombres. ¿Cuáles fueron los canales de reclutamiento y los criterios de elección?

La designación de los ministros bastaba para calificar una condición y asignar un status. Los presidentes, para quienes "gobernar era elegir", siempre seleccionaron a sus ministros entre quienes pertenecían al "círculo interior" de la élite gobernante. Como canales de reconocimiento para el acceso a la función ministerial, la representación política y la solvencia personal fueron los dos factores claves para abonar el éxito de un buen programa de gobierno.

El presidente conocía la dimensión intelectual y el concepto público de que gozaban aquellos a quienes se proponía designar. Salvo el caso de algunas *cooptaciones* inexplicables, el presidente estaba al tanto de las aptitudes políticas, técnicas y administrativas de sus "ministeriales". Podía llamar a hombres dóciles, que no brillaban con luz propia, o a figuras prominentes que se imponían por sí mismas. Por lo general, el presidente privilegió la solvencia personal como factor de selección, siendo la capacidad, la ilustración, la experiencia y la probidad, las condiciones perfiladas para quienes se vieran favorecidos con una cartera ministerial. Hubo gabinetes que sobresalieron por la jerarquía intelectual de sus ministros. Sarmiento tuvo en Avellaneda y Vélez Sarsfield dos puntales irremplazables. Roca contó con Luis María Drago y Joaquín V. González como artífices de una política de excelencia. Eduardo Costa y Vicente Fidel López fueron los mejores émulos en la gestión de Pellegrini.

El éxito de empresas políticas señeras, a cargo de ministros eminentes, contaba también como factor multiplicador del prestigio presidencial. Así, la Campaña al Desierto del gobierno Avellaneda fue la obra de su ministro Roca; y la política internacional del presidente Roca llevaba el sello personal del canciller Luis María Drago. Las decisiones presidenciales, finalmente, crecían o decrecían, según fuera el peso ministerial de quien las refrendaba. La historia política recuerda los decretos de Sarmiento como ministro de Mitre; los de Vélez Sarsfield en la presidencia de Sarmiento; los de Pellegrini siendo ministro de Avellaneda. El presidente siempre dio un lugar preferencial a los ministros que, por brillar con su luz propia, arrastraban tras de sí un áulico prestigio. La enjundia de su acción, lejos de amenazar la posición presidencial, fue la mejor garantía para reforzar el éxito de la propia gesta.

26. Los ministros fueron los gestores del poder presidencial y los jefes de la administración pública. En negocios de suprema importancia cumplían y hacían cumplir los mandatos del jefe de estado; en asuntos de alta administración interpretaban su pensamiento y a él ajustaban su gestión. Sobre estas bases, que ponían en evidencia un rol ministerial subordinado, las relaciones entre presidente y ministros debieron ser dinámicas y fluidas. Así, los actos presidenciales eran decididos con la participación del ministro competente y a través de la consulta individual. La posición ministerial no obligaba al presidente, pero las sugerencias presidenciales eran como órdenes para el ministro.

Roca escuchaba, alentaba y aplaudía a sus jóvenes ministros; Sarmiento discutía con erudición y sapiencia para terminar convenciéndolos a todos; Uriburu y de la Plaza oían a sus ministros pero, lejos de impartir consignas, preferían recibir ideas; Roque Sáenz Peña dirimía como árbitro las frecuentes controversias. En ocasiones excepcionales, el presidente reunía a los ministros en "acuerdo" para dar jerarquía a las deliberaciones importantes o para resolver con mayor respaldo asuntos trascendentes. Con esta práctica no se creaba una "mancomunidad de cerebros" ni se alteraba la exclusividad del mando presidencial. El ministro, cualquiera fuere el estilo de gobierno, vivía y obraba a la sombra de la autoridad presidencial, sin que esto implicara, por cierto, un incondicional sometimiento.

La disconformidad ministerial traía consigo la remoción o la renuncia, sin que tal situación alterase gravemente la posición presidencial. Si el presidente era eminente y el ministro dependiente, la disconformidad acarrearba una segura derrota ministerial. Es el caso de Ramos Mejía, ministro de tres grandes presidentes. La única manera de tener autoridad, decía, era vivir con la renuncia en la mano... Finalmente renunció. Si el ministro era tan prominente como el presidente, entonces le hacía frente mientras podía, hasta que, en última instancia, prevalecía la decisión presidencial. En la discusión entre Sarmiento y Vélez Sarsfield durante dos días y dos noches., el presidente convence al ministro y éste permanece en su alto cargo.

La lógica presidencialista advertía que cuanto mayor fuera la influencia del presidente sobre sus ministros, tanto mejor debía funcionar el sistema republicano. Sobre esta base, la habilidad del presidente no debió estar en absorber la obra de los ministros sino en presidirla y fomentarla. Pero no siempre la acción ministerial y el temple presidencial facilitaron la función de gobierno y modelaron la razón de sus actos.

VII. LA GESTIÓN DE LOS NEGOCIOS PÚBLICOS

27. El contexto de tiempos excepcionales era menos una estructura que un ambiente, y como tal, estaba más abierto a condiciones individuales que a pautas preexistentes. En las primeras presidencias, poco era lo establecido según reglas de reclutamiento, prescripciones legales y normas de conducta. En las segundas presidencias, la recurrencia en prácticas uniformes alentó la configuración de roles y justificó estilos de gobierno. Pero en todo caso, la necesidad del hecho y la coerción del medio actuaron como constantes básicas, y sólo a partir de ellas, las preeminencias individuales y las pautas institucionales se fueron acomodando a las posibilidades de la hora.

28. ¿Cómo llegaron los presidentes a la alta magistratura? ¿qué aptitudes políticas eran las esperadas?. Los hombres que estuvieron al frente de la república en tiempos excepcionales fueron expresión de lo mejor que se tenía en capacidad y en talento. Por lo general eran personalidades ya formadas que habían alcanzado temprana profesionalidad en dos campos de actividad aparentemente diversos y antagónicos. El rol militar y la carrera política se abrieron como dos canales de accesos igualmente importantes y encaminados a un mismo fin. Se necesitaban hombres que fueran aptos, tanto para la conducción pacífica del estado bajo el imperio de las instituciones dadas, como para la defensa armada de ese mismo orden constitucional penosamente conquistado. Quien lograba integrar en la cumbre del poder el rol militar y la conducción política, disfrutaba del rango cabal que distinguía a los genuinos hombres de estado. ¿Cuáles fueron sus atributos?.

En su rol de repúblico-soldado, el presidente valorizaba el culto al orden, a la autoridad, a la disciplina, destacándose por la capacidad de mando y las dotes de estratega. El momento culminante en que Mitre entra en la escena nacional es cuando en él conviven el hombre de armas y el jefe de estado, el político sensato y el militar de talento. Sarmiento, que codiciaba la espada, es el guerrero por necesidad que debió enfrentar levantamientos y sediciones penosamente reprimidos. Roca, en su primera presidencia, evoca al defensor de la unidad

nacional forjada a través de una autoridad política hábilmente combinada con el prestigio militar adquirido.

En su rol de estadista, el presidente se destacaba por el prestigio acumulado en la "arena" política o bien dando pruebas de talento en funciones de gobierno. En la acción cívica, los "leaders" políticos formaron círculos y partidos; fundaron periódicos de opinión o de combate; sostuvieron principios de un ideario y formularon programas de gobierno. Para acceder a la presidencia transitaron la carrera de los honores, ocupando diputaciones y ministerios; conquistando posiciones en el foro y en la docencia; gobernando provincias y ejerciendo la diplomacia.

29. En materia de saber político, los presidentes argentinos se ejercitaron en el conocimiento práctico, tan estrechamente unido a la reflexión teórica como discretamente ligado a la concreta acción. A partir de Alberdi conocieron esta escuela de pensamiento y de acción, y en buena medida la cultivaron cuando diseñaron el edificio institucional republicano. Mitre, Sarmiento y Avellaneda, estadistas en acción, fueron maestros ejemplares en el arte de organizar las ideas fundadoras de las instituciones. Con ayuda de la escuela alberdiana tradujeron los valores de la filosofía práctica en consignas políticas, económicas, educativas y sociales, ofreciendo a la república soluciones concretas y efectivas.

Los estadistas del 80, aunque no fueron filósofos prácticos ni gobernantes reflexivos, se destacaron como conductores pragmáticos y hábiles administradores. El programa alberdiano, de hondo contenido prescriptivo y rico en consignas prácticas, sirvió a Roca y a Juárez Celman para consolidar el orden recibido y justificar sus transformaciones. El pragmatismo político se ofreció a ellos como la estrategia apta y funcional para una sociedad que, definitivamente organizada, quería lanzarse al progreso ilimitado.

30. El presidente, figura central en la mención ciudadana, tenía la oportunidad de crear expectativas en la élite nacional. Sus ideas, sus actitudes y sus acciones modelaron el clima mental de la república y una mirada de esperanzas rodeó su persona como la de ningún otro ciudadano. La producción del hecho político se destacó entre las propiedades relevantes de un hábil presidente. Los presidentes argentinos hacían gala de una rápida percepción de los hechos. Conocían el país en su concreta realidad porque habían vivido las luchas contra la "tiranía", defendiendo el suelo patrio e investigando su historia. Mitre encaraba los hechos "Ial como eran" buscándoles rápido y eficaz remedio. Sarmiento, que conocía las necesidades del pueblo, pudo trasladar a los hechos lo que tantas veces había prometido en las ideas. Roca, aunque no tenía el fácil dominio de la síntesis, fue un conocedor de las cosas del país, de sus problemas y de sus hombres. Pellegrini percibía las dificultades cuando los demás no tenían aún la más mínima sospecha.

Los presidentes argentinos también supieron privilegiar los problemas a resolver, y ofreciendo derivativos que pudieran desembocar en atajos oportunos, supieron adelantarse a los hechos que fueran inevitables. La meta política residía en tener algo importante que decir y en algo importante que hacer, sin que el hecho mismo alterara la atmósfera de optimismo y de fervor. La campaña al desierto, la ocupación del espacio, la empresa inmigratoria, el crecimiento económico, la obra educativa, prueban que algo estaba en marcha y merecía su emprendimiento. Los presidentes argentinos anticipaban la sorpresa y la atacaban de antemano.

31. Los presidentes argentinos, en su mayoría, creían que a través de instituciones sólidas y de procedimientos consensuados podrían desterrar el voluntarismo personal del gobernante. Confiados en las influencias legítimas y aceptadas, iban rectamente al objeto perseguido, no subordinaban sus propósitos a circunstancias nimias, sus actos resultaban de ideales compartidos. Y no de cálculos utilitarios. La conducta de los presidentes, limpia de ajetreos y de manejos subalternos, era una evidencia de alto decoro político e institucional.

Pero el clima de controversia y de oposición instalado en la presidencia debió reflejarse en los múltiples recursos tácticos corporizados en la pluma mordaz, el gesto calculado, la decisión ambigua, el discurso sinuoso, que sirvieron en la lucha para desarmar al adversario, estabilizar relaciones, negociar acuerdos y justificar acciones. Sarmiento, hombre de ingenio como hasta entonces no se había conocido, escondía en su slogan de "hacer las cosas mal., pero hacerlas", una dosis sugerente de astucia con mezcla de coraje. Roca, táctico y simulador, exhibía habilidad para maniobrar con los hombres y manejarse así mismo a través del acecho, la oportunidad y el sigilo. Pellegrini, calculador y seguro, no tenía planes rígidos para el desempeño de su acción política. Inteligente y perspicaz advertía que en tierra movediza el éxito lo decidía el manejo medido y hábil de cada circunstancia. Al amortiguar los efectos destructivos de la controversia y el conflicto, los recursos tácticos ayudaron al presidente argentino a economizar las energías requeridas en los difíciles cometidos de la acción.

La construcción de la Argentina moderna, en síntesis, fue la empresa de un puñado de hombres seleccionados para una gesta trascendente. Llegaron a la presidencia después de haber acreditado su capacidad en el campo de batalla, en las gobernaciones, en ministerios y en diputaciones. La presidencia de la república fue la culminación de una intensa y precoz carrera de hombres, en su mayoría jóvenes y cargados de promesas, que desempeñaron con idoneidad la tarea exorbitante de conducir la "nave del estado".

VIII. CONDICIONES PERSONALES RELEVANTES

32. La república de tiempos excepcionales, inéditos y dramáticos, tuvo necesidad de hombres que, habiendo demostrado aptitudes políticas para crear instituciones, tuvieran después la capacidad personal para conducir las. Desde luego, los tipos de personalidad y los rasgos de carácter quedaron históricamente asociados a la dinámica institucional de con textos excepcionales.

¿Qué condiciones personales correspondieron a las exigencias de aquellos tiempos? ¿qué factores básicos reforzaron la imagen presidencial y qué cualidades adquiridas favorecieron su evolución?. Aunque la mezcla de ambos elementos impide establecer separaciones terminantes o fijar proporciones aproximadas, un intento de ordenación resulta siempre ilustrativo.

33. La personalidad básica, con sus actitudes y comportamientos, dispuso favorablemente a los presidentes para conducir sucesos extraordinarios y para resolver situaciones excepcionales. Cuando la política argentina no admitía sino actitudes combativas, se destacaron los temperamentos fuertes, enérgicos y severos. Mitre imprimía tal vitalidad a la estructura de su acción que en fuerte hasta en la moderación de sus palabras. A Roca no le faltaron nunca ni el concepto ni la fuerza. El político y el soldado estaban siempre juntos, consultándose y ayudándose. Con Roque Sáenz Peña, la firmeza de carácter no cedía ante promesas halagüeñas o transacciones censurables.

Pero si el "comando de la nave" estaba a cargo de espíritus fuertes, no debía concluirse que los gobernantes fueran, sin más, intolerantes e inflexibles. Mitre era enérgico y conciliador al mismo tiempo, esto es, fuerte en el fondo pero suave en la forma. Contrastaba con el temperamental Sarmiento quien, producido un desacierto, persistía en él, altivo y dominante. Roca, que llegaba a la presidencia espada en manos, se inclinaba del lado de la tolerancia y de la benignidad, sin ir más allá de lo necesario en el camino del rigor.

En ese ambiente excepcional, requerido de energía y de coraje, no era fácil mantener el equilibrio de sí mismo y el control de las pasiones. Roca, que sabía dominarse, "corría el telón" para dialogar a solas con el instinto rebelde y el sentimiento sublevado. Roque Sáenz Peña, tolerante con los errores y las pasiones ajenas, lograba el más firme dominio de sí mismo para poder conducir posiciones políticas en conflicto. Sólo Sarmiento, el hombre de los arranques pasionales, funcionaba por estallidos y con sobresaltos, sin disciplina y sin control.

Cierta historia ha señalado la influencia "romántica" en algunos presidentes y el estilo "pragmático" en otros. Los unos, arrebatados e impulsivos; los otros, "repentistas" e imprevisibles. Sarmiento, ejemplo de lo primero, pide para Urquiza la sanción extrema de "Southampton o la horca"; Roca, expresión de lo segundo, toma decisiones inconsultas y se coloca sorpresivamente en campo enemigo. Otra historia nos ofrece la imagen imprecisa pero equívoca del buen juicio presidencial con fondo hecho de equilibrio y sensatez, de sentido común y de prudencia. En un extremo estaba la acción, en parte razonada, en parte repentina, como estilo impuesto por Pellegrini en las arduas cuestiones de gobierno; en el otro extremo estaba el raciocinio esencial con que Quintana llegaba al convencimiento de la verdad.

34. La personalidad adquirida a través de conocimientos, hábitos y destrezas, contribuyó a que los presidentes argentinos reforzaran la propia imagen y alentaran su evolución. En su acción de gobierno, los presidentes se mostraban cultos, razonadores, sistemáticos y disciplinados. Algunos cultivaban el conocimiento clásico; otros seguían a mentores contemporáneos; unos fueron hábiles en la pluma, otros elocuentes en las ideas. Cinco presidentes plasmaron distintas imágenes de cultura política. Mitre es el doctrinario, a través de una política hecha de principios y aplicada a la realidad de los hechos. Sarmiento es el práctico que partiendo desde los hechos se eleva a los conceptos y aplica su doctrina. Pellegrini, es el experto que resuelve técnicamente asuntos de estado, difíciles y complejos. Quintana es el racional que encuentra en la "naturaleza de las cosas" el curso lógico de los actos. Roque Sáenz Peña es el prudente que tras escrupulosa elaboración extrae fórmulas de doctrina, equilibradas y precisas.

Cuando las ideas pasaban por la fragua de la acción, la imagen presidencial quedaba comprometida o salía airosa. Hubo presidentes de principios, que se mostraron inflexibles, como Mitre cuando rechaza el papel de gran elector por respeto a la voluntad popular. Roque Sáenz Peña es inamovible en su programa democrático, hasta llegar a sacrificar otros sentimientos públicos. Hubo presidentes de principios, que fueron dúctiles en la acción. Mitre, victorioso, reivindica a Urquiza ante Sarmiento; Avellaneda es el artífice de la conciliación en aras de la unidad. Hubo presidentes pragmáticos que en el calor de la lucha se mostraron dogmáticos, como Juárez Celman en su "obcecada" acción de gobierno o Quintana ante la dispersión de sus propias fuerzas. Finalmente hubo pragmáticos que se mostraron negociadores, como Roca en su intento de apertura democrática o Pellegrini en sus renunciamientos electorales.

La elocuencia, ejercitada en variadas formas de oratoria, fue cultivada con virtuosismo por los presidentes argentinos. Con la retórica sonora golpearon la imaginación, replicaron al adversario, movilizaron a los adeptos y, en ciertos casos, congregaron multitudes. En algunos presidentes la oratoria fue una habilidad innata; otros debieron ejercitarse para adquirirla. Mitre es el orador personalizado que llega a la contienda política con la fuerza de la razón; Pellegrini es el improvisador espontáneo que impresiona por la frase breve, precisa y sentenciosa. Sarmiento es el gladiador que busca el ataque porque en la réplica destruye al adversario y sale fortalecido; Quintana es el académico que sorprende con una erudición sólidamente construida. Sólo Roca está ausente, porque no tiene la vocación del orador ni el don de la palabra. Los presidentes argentinos llegaron al alto cargo con personalidades ya formadas aunque fuertemente condicionadas por la coerción del medio y la estructura del ambiente. A partir de las necesidades políticas y de las aptitudes personales, los presidentes imaginaron el propio rol que después asumieron y conservaron.

PALABRAS FINALES

35. En este ensayo he ofrecido aporta al régimen "presidencialista" argentino en su dimensión limitada pero no menos importante del "leadership" presidencial. El tema es vasto y complejo, por lo que sólo ha sido posible presentar los rasgos principales de algunos factores que a él concurren.

En esta relación con el pasado fue mi propósito entender la estructura lógica del "modelo presidencial". Del análisis de sus rasgos principales podría inferirse que, en la tarea de normalizar la institución presidencial —que tanto preocupa a políticos y gobernantes—, habría un "pasado útil", con soluciones integrales al alcance de la mano que sólo requerirían algunos ajustes técnicos en orden a una eficaz aplicación. Este es mi punto de vista objetivo y razonable que ve en aquel "modelo presidencial" un diseño ejemplar cuya configuración y foco le darían hoy justificada validez y automática vigencia.

La observación del "modelo presidencial" intentó describir las relaciones interiores al régimen político, donde el presidente fue visualizado como un protagonista singular, sin tener demasiado en cuenta su inserción en el sistema social global donde, en definitiva, residen las causas generadoras de su íntima estructura. En ese marco contextualizado, los indicadores referidos al sistema social global fueron relevantes sólo y en tanto sirvieron para connotar el rol presidencial.

36. Pero esta mira de corto alcance, ¿no estaría ofreciendo una observación parcial e insuficiente de la presidencia y del sistema político que la comprende?.

Este el momento de advertir que la pertinencia de este enfoque —limitado a los factores específicos del régimen político-, no debería aludir, en su tratamiento, el juego de correlaciones con la sociedad global, que por ser razón de legitimidad y de justificación, es también un parámetro indispensable para medir el correcto funcionamiento del sistema. Todo indicaría que el tratamiento de los dos niveles —el político específico y el social genérico-, sería de rigor cuando el registro del "modelo presidencial" pretende trascender el propósito analítico de observación para intentar un diseño normativo de aplicación.

Pero este juego de correlaciones no ha sido hecho en este ensayo —o al menos no ha quedado explicitado—, precisamente para poder profundizar el conocimiento del "modelo presidencial" en su lógica interior y en su íntima estructura. Por esta razón, considero que las influencias externas deberían estar registradas, al menos en la mente del lector, al asumir la representación global del "modelo presidencial".

37. Para acompañar al lector en su esfuerzo de imaginación histórica recordaré que a fines del siglo XIX la república constitucional se deslizó hacia un estadio de "discontinuidad" y de "incongruencia", en que la presidencia dejó de ser aquel modelo de voluntad prescriptiva y de racionalidad intencionada que tuvo pendiente de su gesto a toda la nación. El dispositivo, sistemático y asertivo de la república liberal, se convirtió en el apéndice disfuncional, incierto y vulnerable de la república conservadora.

Los políticos y académicos de la época, solicitados por la situación, acusaron el estado de tensión y elaboraron sus respuestas. Dentro de la élite gobernante se ofrecieron dos lecturas con discursos contrapuestos. Los sectores conservadores interpretaron que la sociedad se había vuelto ingobernable, siendo necesario accionar los resortes del poder para mantener el control institucional y la paz social. Los sectores modernistas asumieron la transformación social y prometieron respetar la voluntad del mayor número en la constitución de los gobiernos. Fuera de la elite gobernante, los impugnadores denunciaron la ilegitimidad del "régimen", discutieron las reglas de la sucesión y reclamaron la devolución al pueblo de la "representación burlada". Los hechos subsiguientes, en el umbral del nuevo siglo, fueron aleccionadores e insinuantes. Para el "régimen" fundador se abrió un ocaso sombrío hecho de

incomprensiones y retrocesos; para la "causa" emergente, la libertad avanzó por senderos inciertos y vacilantes.

38. Superaría los propósitos de este ensayo retener el análisis de los estadios de tensión que debió soportar la institución presidencial en su conflicto con los sectores que la impugnaron. Por esta misma razón, sería impropio registrar las reacciones del "régimen" toda vez que debió responder a las condiciones de su propio desarrollo. Ceñido por los límites metodológicos del ensayo, sólo diré que la imaginación histórica debería estar presente, una vez más, en la mente del lector, para evocar los avances o retrocesos, estériles o fecundos, que se fueron sucediendo en varias décadas de historia, hasta llegar, apurando etapas, a la fase constructiva que hoy presenciamos y vivimos.

39. De las discontinuidades e incongruencias apenas enunciadas no se seguirá que el tradicional modelo constructor de la nación quede disminuido en sus méritos, ni que sus leales adherentes vacilen en reconocerlo como legítimo sistema de gobierno. Antes bien, sobrarían ejemplos en contrario para advertir que en la ciudadanía actual brota una convicción, una seguridad y una confianza en la República como síntesis de valores esenciales y supremos. Y aunque podría no ser correcto descansar en la validez absoluta de un "modelo presidencial" que hoy es evocado con el discurso ambivalente de robustecer su vigencia o de inmovilizar la historia, de todos modos podría convenirse que las discontinuidades e incongruencias, asumidas y aceptadas, no justifican una claudicación en sus legítimos valores y mucho menos la sospecha hacia un sistema que, normalizado, es aun el más válido y el menos imperfecto.

40. Como balance final del "pasado útil" recuperado a favor del "modelo presidencial", diré que la normalización de las instituciones políticas no debería tomarse como una especie contrapuesta a su propia génesis, y por lo tanto, extraña a la tradición republicana recibida del pasado. No es preciso enfatizar que ese acudir al "pasado útil" debería ser hecho con más discernimiento y a través de algunas claves sugerentes. En primer lugar, convendría tener en claro que no importa tanto la adhesión a un modelo político formalizado como su lectura desde la problemática contemporánea. En segundo lugar, convendría advertir que un modelo político que a nivel de fines aspira a perdurar, ha de saber desprenderse de aquellas connotaciones, a nivel de medios, que por la evolución se han vuelto negativas.

Por cierto que estas palabras finales no pretenden zanjar acomodaticamente la eterna cuestión de los principios válidos para enteras generaciones. Sin embargo, me ha parecido importante empezar por anticipar el esfuerzo que será necesario realizar para alcanzar mayor consenso acerca de la normalización de las instituciones en tiempos en que la creencia republicana no debería estorbar sino acompañar el movimiento de avance suave hacia el futuro.

Con ideas de este tipo, que remiten al conocimiento avanzado desarrollado en las sociedades libres, creo que se abriría paso la rehabilitación de la República, considerada hasta ahora como la fórmula más activa y efectiva para realizar la unidad social y política de la nación.

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFIA PRINCIPAL

En este apartado se enumeran las obras directamente relacionadas con la investigación. Por la índole del ensayo, se han omitido las notas eruditas y las citas bibliográficas a pie de página.

FUENTES DOCUMENTALES

Documentos

Archivo General de la Nación.

Archivo del General Mitre.

Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores y Diputados de la Nación.

Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina, por H. Mabragaña

Diaris y Revistas

La Nación Argentina Buenos Aires, 1862 - 1866.

El Nacional. Buenos Aires, 1862 - 1886.

La Nación. Buenos Aires, 1870-1916.

La Prensa. Buenos Aires, 1872 - 1916.

La Tribuna. Buenos Aires, 1862 - 1880.

La Revista Argentina.

La Biblioteca.

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

Colecciones

Diccionario biográfico argentino, de E. Udaondo.

El Diccionario histórico argentino, bajo la dirección de R. Piccirilli, F. Romay y L.Gianello.

Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales.

Gran Enciclopedia Argentina, a cargo de 1). A. de Santillán.

Obras de consulta

Academia Nacional de la Historia. *Mitre*. Homenaje en el Cincuentenario de su muerte. (1906 - 1956).

Acuña A., *Mitre parlamentario*. Imprenta y casa editora Coni, Bs. As. 1940.

Aguirre Lanari, J. R., "Bartolomé Mitre" en Ferrari G. y Gallo E. *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Sudamérica, Bs. As., 1980.

Allende A. R., Mitre, Roca y la política del acuerdo en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. 30 (1959).

Amadeo O., *El presidente argentino*. Boletín del Museo Social Argentino, nº 69-70, 1917.

- Amadeo O., *Los "leaders" en la historia argentina*, en II Congreso Internacional de Historia de América (5-14 de julio de 1937). Academia Nacional de la Historia, Bs. As., 1938.
- Araya, P., *Comentario a la Constitución de la Nación Argentina, T. II* Librería y Editorial "La Facultad". Bs. As. 1911.
- Arechavala J. F., *inaplicabilidad del gabinete parlamentario en la República Argentina*. Tesis doctoral. Facultad de Derecho y Cs. Ss. Colección Candiotti, Bs. As., 1895.
- Bianco, J., *Vida de las instituciones políticas. Notas sintéticas*. U. N. de la Plata, La Plata, 1929.
- Botana N., *El Orden Conservador*. Sudamericana. Bs. As., 1977.
- Braun Menéndez A., "Primera Presidencia de Roca" en *Historia Argentina Contemporánea (1862 - 1930)*. Academia Nacional de la Historia, vol. I 1a. sección; El Ateneo, Bs. As., 1966. "La segunda presidencia de Roca" en *Historia....*, vol. I, 2a. sección.
- Busich Escobar, I., *Historia de los presidentes argentinos*. Roldán, Bs. As., 1934.
- Campobassi, J. S., *Sarmiento y Mitre. Hombres de Mayo y Caseros*. Losada. Bs. As., 1962.
- Campobassi, J. S., *Sarmiento y su época*. 2 vol. Losada. Bs. As., 1975.
- Cárcano, M. A., "Sarmiento. Le constructeur de l'Argentine moderne". *Hommage a Sarmiento*. París. 1938.
- Cárcano, M. A., "Ensayo Histórico sobre la presidencia de Roque Sáenz Peña", en *Historia...vol I*, 2a. sección.
- Cárcano, R. J. *Mis primeros Ochenta años*. Sudamericana. Bs. As., 1944.
- Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento 1888 - 1938. *Sarmiento. Cincuentenario de su muerte*.
- Comblit, O. E., Gallo E., O'Connell, A., "La generación del 80 y su proyecto" en Germani, G. *Argentina sociedad de masas*, Eudeba, Bs. As, 1966.
- Costa, J., *El presidente*. S. ed., s. f.
- D'Amico, C. *Buenos Aires, sus hombres, su política...* Sudamericana, Bs. As. 1952.
- Díaz Colodrero, P., *Gobierno parlamentario*. Tesis Doctoral. Facultad de Derecho y Cs. Ss. , Bs. As., 1895.
- Estrada, J. M., *Curso de Derecho Constitucional. Compañía Sud- Americana de Billetes de Banco*. T. III, Bs. As., 1902.
- Echepareborda, R. "Las presidencias de Urriburu y Roca" en Ferrari, g. y Gallo E., op. cit.
- Ferns, H. S., *Gran Bretaña y Argentina en el Siglo XIX*. Solar. Hachette. Bs. As. 1968.
- Ferrari, G, "La presidencia de Juárez Celman" en Ferreri, G., y Gallo, E, op. cit.
- Fitte, E., "Trayectoria intelectual de Mitre: del poeta al historiador" en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, v. XXVI (1952).
- Fragueiro, M. *La organización del crédito*. Raigal. Bs. As., 1954.
- Galíndez, B., *Mitre*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores. Impr. Castro Barrera Bs. As. 1953.
- Gallo, V. C. *La presidencia de Avellaneda*. Conferencia. Bs. As., 1918 .
- Galletti, A. "El antipositivismo de Alejandro Korn" en *Todo es historia*, 173(1981).

- Gallo, E., "Un quinquenio difícil; la presidencia de Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña" en Ferrari, G, y Gallo, E., op. cit.
- Gandía, E. de, *Mitre. Hombre de estado*. Institución Mitre. Coni, Bs. As., 1940.
- García Mellid, M., *Proceso al liberalismo argentino. Peña Lillo*. Bs. As., 1974.
- González, J. V., *El juicio del siglo*. La Facultad, Bs. As. 1913.
- González, J. V., *Manual de la Constitución Argentina* en Obras Completas, U. N. de La Plata, La Plata, 1935.
- Gorostegui de Torres, H. *La Organización nacional*. Paidós. Bs. As., 1972.
- Goyena, P., "Mitre, Sarmiento, Avellaneda" en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, V. 1899.
- Groussac, P., *Roque Sáenz Peña candidato para presidente de la República*. Bs. As. 1909.
- Gutiérrez, E., *La muerte de Buenos Aires*, L. Manucci, Bs. As. 1894.
- Homenaje de la Universidad a Nicolás Avellaneda en el Primer Centenario de su nacimiento* (1837 - 1937). Univ. de Bs. As. Imprenta Universidad. 1937.
- Ibarguren, C., *La historia que he vivido*. Peuser. Bs. As. 1954.
- Ingenieros, J., *La evolución de las ideas argentinas*. Elder, Bs. As. 1957.
- Jiménez de Aréchaga, J. *Gobierno y responsabilidad*. Barreiro y Ramos. Montevideo, 1934.
- Levene, R., El centenario de la profesión de fe de Mitre, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, v. XXVI (1952).
- Levillier, R., "Presidencia del doctor José Evaristo Uriburu" en *Historia...*, vol. I, 1a. sección.
- Lugones, L., *Roca*. Comisión Nacional Monumento al Tte. Gral. Roca. Bs. As. 1928.
- Maligne A., "Defensa Nacional", en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, 43 (1912)
- Marcó del Pont, A., *Roca y su tiempo. Cincuenta años de historia argentina*. Talleres gráficos argentinos. R. J. Rosso. Bs. As. 1913.
- Márquez, N., *Mitre y la República* Bs. As. 1956.
- Martínez, J. A., *Sistema político argentino*. Sola Hnos. Bs. As. 1891.
- Martínez Campos, G., "Sarmiento profeta", en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, 13 , 1907).
- Matienzo, J. N., *El gobierno representativo federal de la República Argentina*. América, Madrid, 1917.
- Matienzo J. N., "La función constitucional de los ministros" en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 3 (1913).
- Matienzo J. N., *Remedios contra el gobierno personal*. Ed. Anaconda. Bs. As. 1930.
- Mc. Gann Th., *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1660 . 1914*, Eudeba, Bs. As. 1960.
- Melo, C. R., *Los Partidos Políticos Argentinos*, Univ. de Córdoba. 1943.
- Meyer Pellegrini C., *Ministerio parlamentario*. Tesis Doctoral. Facultad de Derecho y Cs. Ss. Colección Candiotti, Bs. As. 1896.
- Mitre, J. A., "Presidencia de Victorino de la Plaza" en *Historia...*, vol. I, 2a. sección.
- Montero O., *Nicolás Avellaneda*. Ed. por Biblioteca Avellaneda, imprenta y Casa Editorial "Coni". Bs. As. 1931.

- Niño, J. M., *Mitre*. Grau, 2 vol. , Bs. As. 1906.
- Palcos, A., *Sarmiento profeta*. Emecé. Bs. As. 1962.
- Palcos, A., "Presidencia de Sarmiento" en *Historia...*, vol. I, 1ª. sección.
- Peck, D. M., "La presidencia de Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta"; en Ferrari G. y Gallo E., op. cit.
- Pérez Amuchástegui, A. J., *Mentalidades argentinas (1860-1930)*. Eudeba, Bs. As. 1965.
- Pérez Colman, C., "La presidencia del general Urquiza" en *Historia de la Nación Argentina*, vol. VIII, El Ateneo, Bs. As. 1962. Ed. por Academia Nacional de la Historia.
- Ponce, A., *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*. Espasa-Calpe Madrid, 1932.
- Pueyrredón, C. A., "Presidencia del doctor Manuel Quintana", en *Historia...* vol. I. 2a. sección.
- Ramos Mejía, J. M., *Las multitudes argentinas*, J. Lajoune, Bs. As. 1912.
- Ramos Mexía E., *Mis Memorias (1853-1935)*, La Facultad, Bs. As, 1936.
- Rivarola, R., *El presidente Roca, y la consolidación del poder nacional*. Bs. As., 1914.
- Rivarola, R., *Mitre, una década de su vida pública, 1852-1862*. Bs. As. 1921.
- Rivero Astengo, A., Pellegrini. Jockey Club de Bs. As. "Coni". Bs. As, 1941.
- Rivero Astengo A., *Juárez Celman. Estudio histórico documental de una época argentina*. Ed. Kraft, Bs. As. 1944.
- Rock, D., *El radicalismo argentino (1890-1930)*. Amorrortu, Bs. As. 1977.
- Rodríguez, A., *Sarmiento militar*. Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Museo Histórico Sarmiento. Conferencia; serie II, nº 10, Bs. As.,1943.
- Rodríguez, A., "Ejército Nacional" en *Historia...*, vol. II. 2a. sección.
- Rodríguez Bustamante, N ., "Las ideas pedagógicas y filosóficas de la generación del 80" en *Revista de Historia nº 1 (1957)*.
- Rojas, N., *Psicología de Sarmiento*, Ed. Roldán, Bs. As. 1936.
- Rojas R., *Pensamiento vivo de Sarmiento*. Losada, Bs. As. 1944.
- Romero, J. L., *Las ideas políticas en Argentina*, Ed. FCE, México, 1959.
- Rottjer, E., *Mitre militar*. Institución Mitre. "Coni", Bs. As. , 1937.
- Rouquié, A., *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Sudamericana, Bs. As. 1980.
- Ruiz-Guiñazú, E., "Presidencia del doctor Carlos Pellegrini", en *Historia...*, vol. I, 1a. sección.
- Ruiz Moreno, I., "Función constitucional de los ministros", en *Revista Argentina de Ciencias Políticas, I (1911)*.
- Sáenz Haya, R., *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*, Ed. Kraft, Bs. As. 1953.
- San Román, M. C. y Gasió, G. H., "La presidencia de Avellaneda" en Ferrari, G. y Gallo E., op. cit.
- Santomauro, H. N. "Los positivistas argentinos" en *Todo es Historia*, 173 (1981).
- Sarmiento, D. F., *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina*, Obras Completas. T. VIII, Ed. Belín Hnos. París. 1887-1909.
- Tau Anzoátegui, V., y Partiré, E., *Manual de Historia de las Instituciones Argentinas*, Ed. Macchi, Bs. As. 1981.

- Vedia E. de, "Función constitucional de los ministros", en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 1(1911).
- Vedia, M. de, *Roca*, Ed. Cabaut y Cía. París, 1928.
- Vedia J. de, *Como ios vi yo*, Gleizer, Bs. As. 1922.
- Vedia y Mitre M. de, "Presidencia de Derqui y gobierno de Mitre", en *Historia de la Nación Argentina*, vol. VII, Bs. As. 1946. Ed. El Ateneo.
- Victorica, J., *Urquiza y Mitre. Contribución al estudio histórico de la Organización Nacional*, Eudeba, Bs. As. 1968.
- Zeballos, E., "Presidentes autoritarios" en *Revista de Derecho, Historia y Letras II* (1898).
- Zorraquín Becú, R., "Las instituciones políticas y sociales" en *Historia...*, vol. II, 1a. sección.
- Zorraquín Becú, R., *Historia del Derecho Argentino*. Ed. Perrot. Bs. As. 1978.
